

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El pequeño renacuajo

El arroyo pasa junto al campo, rodea la colina y atraviesa el bosque. En el arroyo hay de todo: berros, caracoles, pececillos, anguilas y langostas; y bajo una piedra, donde el agua es fresca y profunda, vivía una lagartija parda.

La lagartija era una criatura muy ocupada, siempre preocupada por una cosa y otra. Avisaba a los cangrejos cuándo tenían que mudar su caparazón, enseñaba a los caracoles dónde encontrar hojas muertas y se ocupaba de los asuntos de los demás tanto como de los suyos propios.

Un día, mientras remontaba el arroyo, vio un renacuajo tumbado en un lugar soleado y poco profundo, con la nariz casi fuera del agua.

—Ese renacuajo no debería estar al sol —se dijo la lagartija—. Hace demasiado calor. Creo que se lo diré. Así que se arrastró hasta donde estaba tumbado el renacuajo. Al acercarse, oyó que el renacuajo susurraba para sí:

—Qué bonito, ¡qué bonito!

—¿Qué es tan bonito? —preguntó la lagartija con curiosidad, mirando alrededor.

—Ese canto —gritó el renacuajo—. ¿No lo oyes?

Y ahora que la lagartija escuchaba, oía un coro perfecto de pájaros que cantaban sus canciones matutinas en el bosque, el campo y la selva.

—Si, es bastante bonito —dijo la lagartija—. Pero no deberías estar tumbado al sol. Te podrías enfermar. El renacuajo sólo se retorció impaciente y luego se quedó quieto, escuchando. Pero luego volvió sus pequeños ojos apagados hacia la lagartija.

—Supongo que habrás visto a menudo pájaros que bajan al arroyo a bañarse —dijo—. ¿Crees que me parezco a uno?

—¡Como un pájaro! —gritó la lagartija—. No, no te pareces.

—Bueno, no veo por qué no —dijo el renacuajo—. No tengo patas, pero tengo cola.

—Si, pero los pájaros también tienen pico, plumas y alas; y tú solo tienes cuerpo y cola.

—Es cierto —dijo el renacuajo, y suspiró pesadamente. Como había dicho la lagartija, el renacuajo estaba tumbado en un lugar poco profundo y hacía calor; pero ahora sentía curiosidad por saber por qué el renacuajo quería parecerse a un pájaro, así que se acomodó y siguió hablando.

—Me gustaría saber por qué quieres parecerte a un pájaro.

Al principio el renacuajo no contestó; parecía tímido o aburrido, pero cuando la lagartija volvió a preguntarle, dijo:

—No lo sé —y volvió a quedarse en silencio; la lagartija estaba a punto de marcharse cuando de repente el

renacuajo continuó—. Es porque parece que hay algo dentro mío que debe cantar, y lo he intentado una y otra vez, hasta que todos los peces, e incluso los caracoles, se ríen de mí y no puedo emitir ningún sonido. Creo que, si tuviera patas y pudiera saltar como un pájaro, podría hacerlo.

—Pero no veo por qué querrías cantar —dijo la lagartija—. Nunca lo he hecho.

Sin embargo, el renacuajo parecía tan apenado que la lagartija se compadeció de él y se quedó hablando con él durante un buen rato; y a la mañana siguiente fue a verlo de nuevo. Este fue el principio de una amistad entre los dos, y aunque la lagartija no entendía por qué el renacuajo quería cantar, nunca se burló de él, sino que intentó pensar en algún plan para que aprendiera a hacerlo. Una vez le sugirió que si estaba en la orilla podría hacer algo al respecto. Así que se escurrió medio fuera del agua; pero casi inmediatamente se puso tan enfermo que la lagartija tuvo que tirar de él por la cola, sintiéndose terriblemente asustada.

A la mañana siguiente, la lagartija encontró al renacuajo en un estado de excitación salvaje.

—¡Oh, lagartija, lagartija! —gritó temblando desde la nariz hasta la cola—. ¡Mírame! Me están saliendo patas. Era verdad. Allí estaban, todavía muy pequeñas y débiles, pero realmente patas. La lagartija y el renacuajo habían estado demasiado ocupados hablando sobre cómo hacerlas crecer para darse cuenta de que ya estaban brotando. Se emocionaron aún más cuando, poco después, vieron cerca de la parte delantera del

cuerpo del renacuajo otros dos pequeños brotes; y la lagartija estaba segura de que serían alas. Fue un golpe terrible para ellos cuando descubrieron que no eran alas, sino más patas.

—Ahora se acabó todo —gritó el renacuajo—. Ya era bastante malo no tener alas; pero ahora que me están saliendo patas de esta manera, no se sabe dónde acabará.

La lagartija también estaba casi desesperada, hasta que de pronto recordó a un cangrejo de río que había conocido y que había perdido una de sus patas en una pelea, y apenas le había dolido. Dijo que tal vez podría arrancarle las patas delanteras al renacuajo de la misma manera. El renacuajo estaba dispuesto a intentarlo, pero a la primera sacudida que le dio, gritó:

—¡Auch! ¡Eso duele! —así que la lagartija se detuvo. Sin embargo, seguía pensando que se podría haber hecho algo si el renacuajo no hubiera sido tan cobarde y la hubiera dejado tirar con más fuerza. Una mañana, antes de que la lagartija se levantara, el renacuajo se acercó retorciéndose a la puerta de su casa.

—Lagartija, lagartija, sal —gritó: y luego, en cuanto salió, le rogó que tomara un trozo de alga y le midiera la cola—. Hacía tiempo que temía que se estuviera encogiendo, y ahora estoy casi seguro que es así. También tengo sensaciones muy extrañas. A veces siento como si tuviera que tomar aire, y me subo a una piedra de modo que estoy casi fuera del agua, y sólo entonces me siento cómodo.

Apresuradamente, la lagartija tomó el alga y lo midió. Luego se quedaron mirándose. ¡La cola casi había desaparecido! Aun así, la lagartija no perdía toda esperanza. El mismo cangrejo que había perdido una pata vivía más abajo en el arroyo, y era muy viejo y sabio. Conseguiría que viniera a ver al renacuajo y le diera su consejo. Así que la lagartija se alejó, y pronto regresó a donde estaba el renacuajo con el cangrejo, jugueteando con sus antenas y mirando a ambos lados con sus ojos de antiparras.

—¡Renacuajo enfermo! ¡Esto no es un renacuajo! —gritó. Y luego, acercándose, el cangrejo continuó— ¿Por qué estás tumbado aquí? ¿Por qué no estás en el pantano cantando con todos los demás? ¿No sabes que eres una rana?

—¡Una rana! —gritó la lagartija.

Pero la joven rana renacuajo salió del arroyo con un grito de alegría.

—¡Una rana! —gritó—. ¡Vaya, es lo mejor de todo! Si es cierto, tengo que despedirme, pequeña lagartija. Adiós, amiguito, adiós. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Y la rana se marchó para reunirse con sus hermanos. La lagartija se sintió muy sola durante un tiempo después de que la rana se fuera; pero se consoló pensando en lo feliz que debía ser.

A menudo, en el crepúsculo o cuando la luna brillaba, escuchaba el coro de ranas que cantaban en el pantano, y se preguntaba si la que cantaba mucho más alto y profundo que las demás, era la ranita que tanto se había esforzado por ser pájaro.

—Después de todo, hay más de una manera de cantar —
se dijo.

